

Escribir en latín*



PAOLO FEBBARO

(Traducción de Fabrizio Cossalter)

Quién sabe cuántos habrán leído versos de Baudry de Bourgueil, o del Archipoeta, o de Gualterio de Châtillon, o de Alano de Lille, o de Roswitha. Son algunos de los más grandes poetas de la Edad Media: unos inspirados por un cristianismo ascético, todo dirigido al *contemptus mundi*, y otros, por un cristianismo gozoso y alabador; poetas cargados de retórica clásica, escribían también sensualísimas *invitationes* a sus amadas, desenfadados diálogos con su desharrapada capa, loas a la Virgen y rápidas estrofas tabernarias. Libres de la métrica clásica, rimaban y esculpían en secuencias musicales sus inauditas y experimentales escansiones estróficas.

Todos ellos escribieron entre los siglos X, XI y XII. Pero lo hicieron en latín. Así pues, fueron borrados por quienes, durante los mismos siglos, fraguaron literariamente las lenguas vulgares.

Creo que escribir poemas en italiano hoy es como haberlos escrito en latín ayer. La presión transformativa sobre la lengua está creciendo, el cambio en la lengua está aconteciendo. Por su parte, la poesía representa la máxima resistencia y, a la vez, la máxima maleabilidad de una lengua. Es precisamente su dejarse seducir por una gran promesa de significado lo que la obliga a ser tan obstinadamente etimológica como tentadora, propensa al azar.

La senilidad histórica que percibo me lleva a un fatalismo quieto pero terrible: no ocurrirá nada que no haya ocurrido ya. El sentirse “después del siglo XX” ha sido la vivencia de los hombres posteriores a 1968, e incluso, a 1945. Creo que me siento vivir no “después de” algo, sino siempre dentro de un flujo de

perenne transformación, que es el rasgo constante. Cada uno de nosotros es una continuidad original, constituye la cumbre momentánea de una tradición que luego entregará a los voluntariosos y a los atentos. Me siento después del siglo XX de la misma manera en que me siento después del siglo XVIII.

Practicar la *crítica militante*, entonces, ha sido para mí una forma de vencer la pereza, máscara de la desesperación. Juntar crítica y poesía aún me parece la única manera de lograr todavía *ser un autor*, como los latinos tardíos. Un autor es el que alcanza el umbral mínimo de la criticabilidad, de la discutibilidad. “Indiscutible” es un atributo negativo. Sólo quien se lee críticamente a sí mismo tiene la posibilidad de convertirse en un autor. Y un autor es necesariamente un gran ser humano, porque las obras son acciones.

¿Quién, entre los poetas de hoy, es capaz de captar la operación llevada a cabo no por la persona que escribe, sino por la poesía que se ha escrito?

No creo que ejercer la crítica militante me haya hecho escribir mejor, pero espero que me haya inducido a publicar mejor. Publicar poesía siempre es un acto político, instituye su *segunda finalidad*. La literatura es amable porque en sus características específicas y en los goces que provoca es decisiva para la comprensión de lo que no es literatura: el mundo, la psique, la historia. Ésta es la segunda finalidad de la poesía, alcanzable sólo a condición de no caer en ninguna ideología selectiva o abandonista, como la inocencia, la desnudez, la templanza. La segunda finalidad no quiere una poesía “moderada”, dispuesta a apartarse; y tampoco quiere tradicionalismos orgullosos y gesticulantes, o sabias administraciones

patrimoniales. La poesía es mito, es decir, condición mental para la creación; no es mitología, es decir, paseo arqueológico, catálogo de maravillas, repetición y muerte.

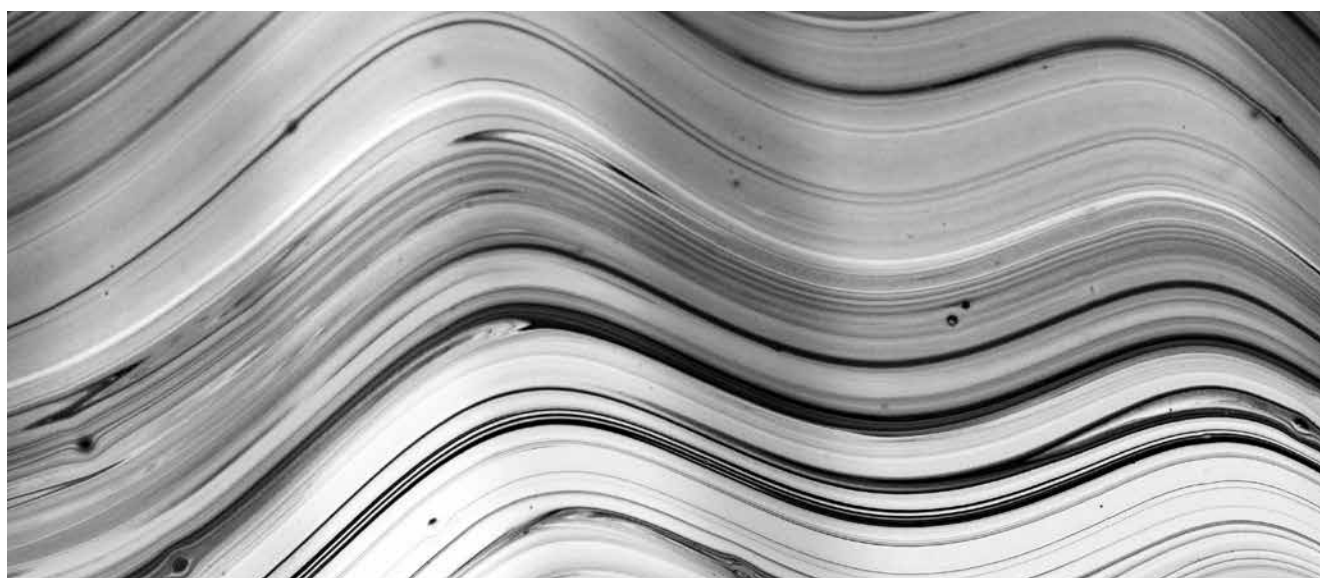
En algunos autores de nuestra época veo resurgir un petrarquismo disminuido e intimista, una semi-prosa mortificada en la crónica o absolutizada en el fragmento, toda orientada a una enésima, desencantada medición del hiato entre palabra y cosa. Veo también un regreso al “realismo criatural”, un mal disimulado orgullo por saber observar la vida más humilde y abandonada a fin de asumirla en la plena ciudadanía del “espíritu”: una poesía que otorga una mirada de salvación, una hostia de palabras. En ambos casos, la poesía es un acto testimonial para algo que ya se conoce, que está afuera; es una acotación, que arriesga la inercia y la multiplicación infinita.

Al contrario, cuando hablo de segunda finalidad yo también pienso en la verdad, pero en esa verdad que poco a poco la poesía misma puede concretar. Una rima equivocada es algo que no se sostiene, o que no está en el mundo. Difundirla es un error ético. Si hay una prueba empírica de la bondad de la poesía, ésta es el placer de la belleza. Si una poesía es verdadera, lleva a cabo un hallazgo, un descubrimiento que la vuelve memorable, y es un descubrimiento rítmico y verbal: cada ritmo, una persona; cada palabra, una elección; cada poema, un tiro al blanco que no se debe fallar.

Espero mucho de la poesía: tiene mucho que hacer y hay mucho que hacer por ella. Nunca sabremos por qué en algunas épocas nacen grandes autores y en otras, no. Por ejemplo, la poesía no tiene que ver –casi duele decirlo– con el humanismo. Entre 1370 y 1470 Italia tuvo muy pocos poetas dignos de ser recordados. La crisis del humanismo entre 1890 y 1945 produjo, en cambio, decenas y decenas de poetas en todo Occidente. Muy difícil de captar, la poesía nos hace sentir miserables y salvados, porque concreta centenares de lecturas precisamente en el momento en que las hace desaparecer en algo más. No creo que la poesía “resista”, pero creo que puede existir también después de nosotros, porque no tiene que ver con las mudables ideologías, sino con la sucia, necesitada, musical humanidad.

Aunque poco original, la poesía siempre tiene un origen, pero a menudo indecoroso. Nace de una sublime idiotez, así como de un malestar cotidiano, o de una inteligencia culpable. Intensifica el dolor, pero disminuye el sufrimiento. ●

* De *Poesía allo stato critico / Saggi e interventi* [Poesía en estado crítico / Ensayos e intervenciones], Roma, Inshibboleth, 2021.



Fotografía: Solen Feyissa